

Fugaces: un canto a la nostalgia de sentido

Existir es estar en el tiempo de otro; sólo entonces la plenitud del presente se finge eternidad. Lo demás es limbo, senda que transitamos sin ver el paisaje oculto por follaje impreciso.

¿Cómo cantar una orfandad de trascendencia?

A quien nunca conoció el paraíso le está vedado incluso el sentimiento de la pérdida; su ser no es ser en el mundo, su ser es el exilio.

Para Elvia de Angelis no existe la costumbre, siempre recién llegada, se ve inmersa en los días y las noches que se suceden retando a la memoria, fatalidad que tampoco le pertenece; nadie olvida o recuerda a voluntad, sin embargo la poeta defiende su albedrío, su radical extrañeza y se rebela contra el olvido y el recuerdo, trampas del tiempo o estratagemas del vacío.

Si no hay sentido, buscarlo, postularlo, es una forma de entretener el absurdo. En tiempo de soledad deambular es evadirse. La poeta se rehúsa a construir asideros; el poema no es una ficción de certidumbre, sino la denuncia de ese fugaz suspenso de conciencia que nos instala fuera del tiempo.

Para conjurar el absurdo se opta por reducir el volumen de la vida como el jardinero oriental poda a diario su bonsai. Apostar a lo latente es evitar el ruido de la multiplicación innecesaria, porque "al fin y al cabo, no existen tantas esencias".

El movimiento sin detención es otra forma de escape, la continua fuga que como la flecha de Zenón de Elea esconde una sutil inmovilidad.

El dolor maduro y entero al fin y al cabo es la única realidad que se vive entrañable, visceral, como un diestro corazón, equilibrio simétrico del péndulo con su centro y sus límites contrarios.

La verdad del amor y la nostalgia de sentido son los polos que tensan este largo poema de atmósferas interiores. ***Fugaces*** nos convida con su viento de suave melodía a escuchar sus acordes en un tono de íntima confianza. Despojados de imágenes, de retórica, suenan los conceptos.

Esta música secreta solo es audible cuando la atención se afina y se desdobra en el eco la otra voz, sombra del sueño lúcido.

Desapego, extrañamiento, sólo cesan en el absoluto instante de la fusión, donde no saber de sí es puerta abierta que disuelve toda pregunta. Sólo el amor logra abolir el sinsentido, pero el amor también es una estación fugaz cuyo aparición y ausencia nos produce el mismo sacudimiento de lo increíble. Porque el poeta no es un místico ni un alma simple que pueda refugiarse en la fe. Ha renunciado a todo consuelo que no sea la combustión de las palabras, esa cadena de humo cuya estela, aparentemente inútil, logra a veces el milagro de la permanencia.

Iliana Godoy

28 de julio de 2000